

asimismo la ley antigua ha sido desterrada de la Iglesia; porque los fieles que la componen gozan de la libertad que Jesuchristo les ha dado, y de la herencia que se dignó adquirirles con su sangre.

CAPITULO V.

ARGUMENTO.

EN este capitulo exhorta tambien à los Gálatas à que sacudan el yugo de la ley para no quedar privados de la justificacion producida por la fé, animada por la caridad, y de la qual tan capaces eran los Gentiles como los Judios. Dice que el Evangelio los pone en libertad; pero en una libertad santa è inocente. De aqui toma motivo para hablar de la rebelion del cuerpo contra el espíritu, y de la diferencia que hay entre la vida carnal y la espiritual.

PARÁFRASIS.

Siendo, pues, vosotros hijos de una madre libre, y no de una esclava, no sois ya esclavos; y asi no debéis ser tan ciegos que renunciéis à la libertad que Jesuchristo os ha adquirido, sino por el contrario, os habeis de mantener firmes en su posesion, sin volver jamás al yugo de la ley antigua. No me pidais las pruebas de esta doctrina: mi autoridad os debe bastar; y asi os digo con resolucion, que de nada os sirve la fé de Jesuchristo si despues de haberla recibido os haceis circuncidar. Pues observando esta ceremonia, os obligais à observar todos los preceptos de la ley; y en vez de que vuestras almas se llenen de los favores del Hijo de Dios, quedarán vacías si no poneis vuestra esperanza en él, y se se-

cará para vosotros la fuente de sus bendiciones, por pretender hallar vuestra justificacion en otro origen. Nosotros esperamos ser justos por la fé por medio del Espíritu Santo, pues por ella baxa en nuestros corazones. El valor de la Religion Christiana no depende ni de la circuncision, ni de ser incircunciso: asi los Judios, como los Gentiles son igualmente capaces de sus gracias; pues nada hay grande para con Jesuchristo, sino esta fé que obra por la caridad. ¡Ay de mí! Vosotros caminabais con un paso firme y seguro por el camino de la verdad: ¿quién os ha hecho vacilar? ¿quién os ha retenido? ¿quién os ha impedido obedecerla como antes la obedeciais? Escuchadme à mí, y no deis oidos, ni fé à cualquiera que os hable. Aquellos de quienes os habeis dexado sorprehender, os han persuadido ciertas cosas contrarias à lo que Dios exige de vosotros, que os ha llamado al conocimiento de su Hijo. Pero vosotros me direis acaso, que la observancia de una sola ceremonia no merece tanto aprecio, ni causar tanto ruido. Mas yo os digo, que asi como un poco de levadura fermenta y corrompe toda una masa, asimismo una supersticion judáica es capaz de corromper toda la pureza de vuestra fé. Yo espero en la misericordia de Dios que conservareis los mismos sentimientos, y llegareis à conocer la malicia de los que os quisieran precipitar. No quedarán sin castigo los que han sembrado estas discordias entre vosotros, mas serán castigados severamente sin distincion ni de mérito, ni de calidad. Os hacen creer que yo alabo y apruebo la circuncision entre los Judios, y que la repruebo en los Gentiles. Pero si esto fuera cierto, no me perseguiria la Sinagoga continuamente, como lo hace. Estos son enemigos del Evan-

gelio, porque anula esta ceremonia judáica: luego si yo la aprobara, no tendrian motivo de aborrecer la Cruz, ni de escandalizarse. Por lo qual es preciso decir, que quando hablo con ellos, no apruebo las ceremonias: que mi doctrina es inmutable; y que no me hacen mudar de máxima los diversos países en que continuamente me hallo. Los que siembran estas falsedades para hacerme aborrecible con vosotros, son miembros corrompidos, à quienes deseo verlos separados de vuestro cuerpo, para que su corrupcion no se comuniqué à vosotros, ni os sea contagiosa. Desechad con valor los vínculos que os presentan, por oponerse al estado de libertad en que Dios quiere que vivais. Pero no penseis que quiera que abuseis de esta libertad que os ha dado, ni que os entregueis à toda suerte de vicios; pues solo os ha quitado este yugo pesado, para imponeros otro mas suave, como es el amor recíproco, la suavidad de espíritu, y el serviros mutuamente el uno al otro; porque toda la ley se encierra en este precepto: *Amarás à tu próximo como à tí mismo.* Esto es lo que os encargo que observéis puntualmente; pues si en vez de observarlo, conservais en vuestro corazon los odios mortales contra alguno, y le quitais su reputacion con vuestras murmuraciones, y, à nuestro modo de hablar, lo comeis vivo con vuestra envidia y con los zelos, ofendeis ante todas cosas à él, y despues à las leyes de la naturaleza, que os obligan à amarlo, cayendo sobre vosotros los golpes que tirais contra vuestro próximo. Si quereis evitar este mal, y echar de vuestro corazon este veneno, dexaos conducir por el Espíritu Santo: seguid sus inspiraciones, y no obedecereis ni cumplireis los deseos de la carne, ni sus concupiscencias; porque las malas inclinacio-

nes de la concupiscencia que heredamos de Adan, arrastran el alma al amor de las cosas terrenas y malas. Pero el Espíritu Santo, por el contrario, quiere sujetar todos nuestros apetitos à la ley de la razon, y condena todos sus deseos deshonestos. Tomad, pues, à este Espíritu por vuestra guía; y desde el instante que lo siguiereis, no estareis debaxo de la servidumbre de la ley. La fornicacion, la deshonestidad, la impureza, el adulterio, la idolatría, los emponzoñamientos, las enemistades, las quejas, los zelos, el deseo de venganza, las disputas, las disensiones, los cismas, las envidias, los homicidios, los excesos en comer y beber, y otros semejantes monstruos, son las obras de la vida carnal, que, como os he dicho, y os lo vuelvo à decir, cierran la entrada del Cielo. Mas considerad los frutos de la vida del Espíritu de Dios, y vereis que estos son una caridad ardiente, un gozo que nada puede alterarlo, un sosiego profundo en el espíritu, una paciencia admirable en las adversidades, una dulzura de corazon que jamás se enoja, un amor facil que à todos se acomoda, una bondad siempre pronta para servir à su próximo, una gran benignidad en las injurias, una fé perfecta, una santa modestia, una continencia rigurosa, y una castidad sin mancha. Esta ultima vida no solo es la mas honesta, sino la mas util y la mas libre; y nos hace superiores à la ley, que solo está hecha para los hombres carnales. Los que sirven al mundo siguen los movimientos de la concupiscencia; pero los que reconocen à Jesuchristo por su dueño, crucifican su carne juntamente con todas sus concupiscencias: luego para que creamos el Evangelio, y vivamos del Espíritu Santo que habita en nosotros, caminemos por las sendas del espíritu sin

recurrir à las ceremonias carnales. No nos dexemos arrastar de la vanagloria y propia estimacion: no nos puncemos los unos à los otros, no alterquemos entre nosotros, ni reyne entre nosotros la envidia, sino estemos unidos por la fé à aquel que es la fuente de toda perfeccion.

CAPITULO VI.

ARGUMENTO.

EN este capitulo los exhorta y suplica reprehendan con dulzura y caridad à los que caen en algun defecto. Los exhorta à las obras de misericordia, con especialidad hacia los domesticos de la fé, es à saber, los Christianos. Les muestra la recompensa que tendrán: y les advierte, que los que los quieren sujetar à ley, lo hacen por vanidad, y para evitar la persecucion de los Judíos. Concluye diciendo, que deben seguir su doctrina; y para confirmarla alega las heridas que ha recibido por Jesuchrito, cuyas cicatrices lleva consigo.

PARÁFRASIS.

Nuestra ley es una ley de caridad; y asi, hermanos mios, si alguno de vosotros cayese inadvertidamente ò por flaqueza en algun pecado, vosotros que sois espirituales é iluminados, y mas virtuosos que él, corregidlo con un espíritu de dulzura y suavidad; y entrando en vosotros mismos, considerad que podeis errar como él; y que si esto sucediese, quisierais ser reprendidos sin aspereza. Vosotros tenéis vuestras imperfecciones particulares, y estais todos sujetos al pecado. Sobrellevaos, pues, mutuamente, y sufris vuestros defectos, y creed que

ca-

con este socorro reciproco, y con este comercio caritativo de instrucciones y consejos, cumplis perfectamente la ley de Jesuchristo. No os dexéis cegar de la vanidad; porque qualquiera que crea ser algo, se engaña, y muestra que verdaderamente es nada. Reflexionad seriamente sobre vuestro interior, examinad con cuidado quales son los motivos y los fines de vuestras obras; y si os quereis gloriar, gloriaos de las virtudes que hallaseis en vuestras almas, y no de los defectos que notais en los demas. Cada uno llevará la carga de sus pecados, y recibirá de Dios, Juez inexorable, la pena ò premio que se merece. Pero si no teneis lengua para hablar de vuestros hermanos, tened manos para asistir à los que os predicán el Evangelio, pues haciendoos ellos participantes de las riquezas eternas, no les podeis negar ni rehusar alguna pequeña parte de vuestros bienes temporales. No me deis por excusa vuestra pobreza, quando no es verdadera; pues me podeis engañar à mí, pero no à Dios que penetra vuestros corazones. La tierra es el campo en donde se siembra, y el Cielo el lugar en que se recoge. Pensad, pues, en lo que sembráis, esto es, quales sean vuestras obras; porque segun es la siembra, es tambien la cosecha. El trigo produce trigo, y el centeno no produce sino centeno. Así las obras carnales no producen à quien las hace, sino la muerte y la corrupcion; pero las espirituales producen felicidades incomparables, y una vida eterna. No dexemos, pues, de obrar bien, pues quando llegue el tiempo de la cosecha la haremos tal que nunca nos faltará, ni jamás nos fastidiará, aunque dure siempre. No dexemos pasar un tiempo tan precioso, sino hagamos que los pobres perciban los efectos de nuestra

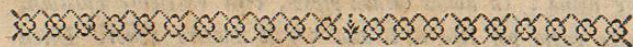
S

ca-

caridad, cuidando con particularidad de los domesticos de la fe, esto es, de los fieles, que son miembros de Jesuchristo como nosotros, y hagamosles bien. He querido escribiros esta carta de mi propio puño, para que le deis mayor credito. No creais que os induzcan à la circuncision por el zelo de la ley, ni porque la juzguen necesaria para la salvacion: su mira es complacer à los Judíos, y evitar así la cruel persecucion que hacen à quien cree en Jesuchristo, por juzgar que su Evangelio destruye su ley. No tienen ellos intencion de llevar la carga que os quieren imponer à vosotros, ni observar la ley que os predicán: pues no tienen otro fin, ni buscan otra recompensa sino la vanidad de contaros à vosotros entre sus discipulos. Gloriense ellos muy enhorabuena de las alabanzas de los hombres, que yo no me gloriaré sino en la Cruz de Jesuchristo: el mundo está muerto para mí despues que le sirvo, y yo estoy muerto al mundo: porque para Jesuchristo de nada sirve el ser Judío ò Gentil, pues no hace distincion entre uno y otro; y quien lo reconoce por Señor, se muda felizmente, y toma un ser nuevo. Los que creen firmemente estas verdades, y no fundan mas sus esperanzas sobre las ceremonias que están anuladas, sino que siguen la regla que les he dado, recibirán de Dios todas las consolaciones de su paz y las riquezas de su misericordia, las que suplico à Dios les conceda. En quanto à lo demas, acusadme, si quereis, de que apruebo la circuncision; pues no confutaré esta calumnia sino con mostraros à mi cuerpo lleno de llagas, que he recibido por defender el Evangelio. No me avergüenzo de ellas; antes bien me sirven de señales gloriosas y de pruebas seguras de que no me conformo ni voy de acuerdo con los

Ju-

Judíos, como me acusan. Ruego à Jesuchristo, hermanos míos muy amados, que os conceda sus gracias, y que permanezcan eternamente en vuestras almas. Amen.



EPÍSTOLA DE SAN PABLO

À LOS EFESIOS.

ARGUMENTO.

EL Templo de Diana, que la antigüedad contaba entre las siete maravillas del mundo, hizo célebre el nombre de la Ciudad de Efeso. La idolatría tenia allí levantado su trono aun por los tiempos de San Pablo; y la Magia, que se puede llamar su hermana, lograba el mismo credito. y así era una grande empresa el plantar allí la fe de Jesuchristo, teniendo en ella los demonios un imperio tan absoluto. Pero no temiendo el Apostol ni los peligros, ni la muerte, quando se trataba de la gloria de su amado Maestro, predicó allí el Evangelio con tanta fuerza, è hizo tantos milagros, que convirtió à muchos en los tres años que estuvo en aquella Ciudad. Sin embargo de esto, no faltó quien lo persiguiese, pues los Judíos no le dexaban sosegar, y la sedicion que Demetrio movió contra él, lo redujo à los últimos extremos de perder su vida. Pero habiendo dexado à los Efesios para predicar la palabra de Dios à otras Provincias, aparecieron ciertos Judíos, los quales con el pretexto de creer en Jesuchristo, empezaron con toda suerte de invenciones à alterar la pureza de la doctrina que San Pablo les habia predicado. Así lo habia profetizado el Santo en aquel celebre discurso que hizo à los Ancianos de la Iglesia de Efeso al

S 2

tiem-